

el landgrave de Hesse cayó también en manos del emperador, y su cautividad puso fin á la guerra. Lutero habia muerto antes de la derrota de sus partidarios.

Cárlos V mostróse severo en la victoria, y su hermano Fernando imitó su ejemplo: á los bohemios sublevados, cuyas esperanzas destruía la derrota de Muhlberg, se los castigó retirándoles sus privilegios. Al mismo tiempo la muerte del temible competidor Juan Zapolski, y la asistencia de los turcos afirmaron, la corona de Hungría en las sienas de Fernando.

Cárlos V confió por un momento poder terminar las contiendas religiosas con la sumision de los consternados disidentes; mas orgulloso con su omnipotencia temporal, quiso apoderarse de la autoridad espiritual; y pretendió obligar á todos á una profesion de fé conciliadora que se llamó el *interim*, con cuyo paso descontentó á los protestantes que clamaron contra la opresion, y á los católicos que clamaron contra el escándalo. Al propio tiempo amenazaba la libertad política de Alemania con su proyecto de hacer hereditaria la dignidad imperial en su casa. Sin embargo, poco receloso de semejantes hablillas, seguía la ejecucion de sus planes, encargando á Mauricio de Sajonia el someter á Magdeburgo que era la única plaza que le oponía una seria resistencia; pero Mauricio traidor poco antes en pro de Cárlos V, fué el que de repente puso fin á sus triunfos con una traición nueva. Su ambicion debiera tener alerta al emperador; mas este dió crédito á las palabras de su jóven ministro Granvela que decía *que un rechoncho aleman no era capaz de concebir plan alguno que no fuese descubierto inmediatamente con todos sus pormenores*, y no conoció que el desvio que ostentaba por los alemanes y su predileccion por los españoles causaban un general descontento. Luego de puesto Mauricio al frente de las tropas del emperador, utilizándose con suma destreza de las disposiciones hostiles de los príncipes, contrajo secreta alianza con el landgrave prisionero y con el rey de Francia, y cayó de golpe sobre Inspruck, en donde estaba Carlos V con seguridad absoluta. Una sedicion ocurrida en el ejército de Mauricio le detuvo un instante y salvó al emperador, que débil y enfermo huyó con gran trabajo en la oscuridad de la noche y se refugió en las montañas de Carintia. Con todo hubo de poner en libertad al

landgrave y al antiguo elector de Sajonia, y de aceptar la transaccion de Passau á que siguió luego la paz de Augsburgo; concluida por la solicitud de Fernando, cuya prudencia y firmeza triunfaron de todos los obstáculos. Este tratado concedía el libre ejercicio de su culto á los protestantes, con el derecho de entrar en la cámara imperial, y les conservaba los bienes eclesiásticos que poseían: mas por desgracia abrazaba varios puntos contenciosos, que antes de mucho tiempo debían acarrear nuevas discordias.

Entonces fué cuando condoliéndose el emperador al ver consumada la fatal division de la Alemania contra la cual habia luchado toda su vida, y autorizada la destruccion de su grandioso proyecto de unidad política y religiosa, depuso su triple corona, y se retiró á un monasterio de Castilla la Vieja. La mano que habia empuñado el cetro del mundo se ocupaba en trabajos de relojería. Cierta dia en que se esforzaba inútilmente para poner acordes dos relojes que él mismo habia fabricado exclamó: «Cuán insensato era yo cuando creía poder arreglar mejor que un reloj tantos pueblos que hablan distintos idiomas y viven en diferentes climas!»

III.

El establecimiento de la reforma en Inglaterra y en Escocia presenta en cada uno de estos países un carácter distinto. En Inglaterra el rey mismo, á fin de salvar todos los obstáculos opuestos á sus crueles y despóticos caprichos, provoca una separacion que la política de sus sucesores trata de hacer completa y definitiva cambiando el cisma en heregía. La nacion representa, al parecer, durante mucho tiempo un papel puramente pasivo, y sigue sin resistencia la voluntad de los soberanos; la reforma en sus primeros esbozos aparenta redundar en provecho del trono dando á la corona la supremacia religiosa y civil; la religion conserva su gerarquía y su cabeza, pero esta la constituye un príncipe temporal en vez de un príncipe espiritual, y los obispos dependen del rey en lugar de depender del papa. En Escocia sucede lo contrario; la reforma es un movimiento popular que si bien en su origen amenaza destruir todas las autoridades establecidas, es beneficiado por la nobleza en provecho suyo y contra del poder real. No obs-

tante este influjo aristocrático no despoja á la revolucion de su carácter primitivo, y la nueva iglesia, rechazando hasta la dignidad episcopal, permanece fundada sobre un princio esencialmente democrático, principio que mas adelante ha de obrar en Inglaterra con terrible energia.

Los primeros años del reinado de Enrique VIII, absorbidos casi enteramente por la política exterior, distaban de hacer presagiar una revolucion religiosa. Atento Enrique á la gran lucha de la Francia con la casa de Austria, ladeábase ya á favor del rey de Francia, ya del emperador, cediendo mas bien á la satisfaccion de ver pedida su alianza, que al deseo de mantener equilibrio entre ambos rivales. Despues que, en 1512, el papa Julio habia logrado que accediese á la santa liga, derrotó á los franceses en la jornada de Guinegate llamada *de las espuelas*, y luego á los escoceses en Flodden-field en donde murió Jacobo IV. El cardenal Wolsey, unido al emperador que le prometia la tiara, armó á Enrique contra la Francia, hasta que la eleccion de Clemente VII le manifestó el caso que debia hacer de las promesas del emperador, y la alianza de Enrique VIII con Francisco I, despues del cautiverio de Pavia, fué el fruto del resentimiento de Wolsey. Habia llegado la hora en que Enrique iba á ocuparse mas seriamente de los asuntos propios que de las contiendas entre sus vecinos. Hasta aquel punto este príncipe se habia mostrado constantemente adicto á la Santa Sede, interrumpiendo sus tareas políticas y guerreras para combatir á Lutero con sus escritos y merecer el título de defensor de la fé; mas de pronto sus pasiones vinieron á romper una armonía que se dijera indestructible.

Enrique se habia casado, obtenida la dispensa, con la hermana de Carlos V, Catalina de Aragon, viuda de su hermano Arturo. Diez y ocho años despues, su culpable amor á Ana Boleyn ó Boleña, camarista de la reina, le inspiró de repente escrúpulos sobre la validez de su matrimonio. El cardenal Wolsey tuvo la debilidad de apoyar el proyecto de divorcio, al cual no quiso dar su aprobacion Clemente VII, convencido de su injusticia y receloso por otra parte de atraerse el resentimiento de Carlos V. Wolsey, cardenal católico, queria contemporizar con la corte de Roma, al paso que secundaba los proyectos de su amo, por lo cual Ana de Boleyn

temió su irresolucion y le hizo caer en desgracia. Cromwell, ministro de estado despues de Wolsey, y el doctor Cranmer arzobispo de Cantorbery, obtuvieron á precio de oro un dictámen de las universidades de Europa, que pudiese aquietar la conciencia del rey. Catalina sufrió un público juicio y fué arrojada del palacio de Windsor; el clero inglés pronunció el divorcio á pesar de los esfuerzos de Francisco I y de Carlos V, y Enrique se casó con Ana. Pocos dias despues el papa, conformándose con el parecer casi unánime de los cardenales, lanzó una bula de escomunion contra el rey y su nueva esposa, golpe que acabó de romper los últimos lazos que unian á la Inglaterra con la Santa Sede. Cranmer se apresuró á hacer publicar una acta del parlamento que proclamaba al rey *gefe supremo de la iglesia de Inglaterra, con plenos poderes para corregir y enmendar todos los errores, todas las heregias y todos los abusos que podian ser reformados y corregidos por la jurisdiccion eclesiástica*. Al mismo tiempo se declaraba reo de alta traicion é incurso en la pena de muerte á cualquiera que atacase la legitimidad del matrimonio de Enrique con Ana, ó los derechos de sus descendientes, y por fin el parlamento decretó que todas las órdenes reales obtendrian igual fuerza que los bills aprobados en las dos cámaras. Los obispos ingleses ratificaron todas las medidas sin oposicion y prestaron el juramento de *supremacia* en manos de Enrique. Fisher obispo de Rochester y amigo del virtuoso canceller Tomás Moro, fué el único que se atrevió á declararse contra el divorcio del rey y contra el cisma que se iba consumando; y así él como Moro perecieron en un cadalso por no haber reconocido el poder espiritual del monarca.

Enrique se dió prisa en recoger el fruto de su bárbaro despotismo. Hacia ya mucho tiempo que el diestro Cromwell tentaba su codicia con el cebo de los despojos de la Iglesia, haciéndole presente el feliz éxito que habia tenido en Alemania la audaz política de los príncipes. Enrique instituyó una comision llamada Tribunal de aumento de las rentas reales, el cual dispuso, junto con la abolicion de las órdenes religiosas, la confiscacion de todos los monasterios y casas religiosas *por haber sido asilos de corrupcion*, y de todas las preseas de las iglesias, *por ser propias para mantener la supersticion del pueblo*. En pocos años la quinta parte de las pro-

pedades territoriales de Inglaterra y tesoros inmensos fueron confiscados en pro de la corona, y se dilapidaron en insensatas prodigalidades.

Enrique VIII aunque cismático, no habia caido en heregía; continuaba honrándose con el título de defensor de la fé; y en 1539 publicó el famoso bill *de los seis artículos ó bill de sangre* que castigaba con pena de prision ó de muerte á cuantos rehusasen adherirse á los principales dogmas de la fé católica. Los luteranos fueron perseguidos por sus errores, como los católicos por su adhesión á la Santa Sede; los primeros eran arrojados á la hoguera por hereges, los segundos ahorcados como traidores por haber negado la supremacía real. Las sospechas de heregía que militaban contra Ana de Boleyn contribuyeron tal vez tanto como sus supuestas infidelidades á la condena de esta desgraciada, la cual acabó su vida en manos del verdugo despues de haber sido suplantada por su doncella Juana Seymour, asi como ella suplantó á Catalina de Aragon.

El maestro de escuela Lamberte, que osó sostener opiniones heterodoxas sobre la presencia real, fué quemado vivo por orden del rey, quien despues de argüir con él le dejó la alternativa de retractarse ó morir. Enrique puso el colmo á su impudencia con el inicuo y ridículo proceso, en el cual Santo Tomás de Cantorbéry, muerto desde 1170, fué condenado en contumacia, como reo de alta traicion. al suplicio del fuego y á la confiscacion de bienes. En cumplimiento de la sentencia, el rey redujo á cenizas las reliquias del santo, y robó las ofrendas acumuladas al rededor de su sepulcro. Lejos de ocultar sus escesos y crueldades, el cadalso y los divorcios le dejaban sin cesar en libertad de satisfacer su monstruosa incontinencia. A Juana Seymour, muerta al dar á luz á Eduardo VI, habia sucedido la princesa Ana de Cleves; un acta del parlamento anuló esta union que disgustaba al rey; Catalina Howard pereció como Ana Boleyn á manos del verdugo: Catalina Parr, sesta esposa del rey, habria sufrido igual suerte como herege, á no calmar la cólera del rey con una retractacion oportuna. La sangre de los mas ilustres señores, la de los lores Montagu, Courtney, Nevil y Surrey corria mezclada con la de las demás víctimas mas oscuras: no parecia factible poner limites á una

autoridad que reunia el poder real con el del papa y á la cual el pretesto de heregía daba el derecho de destruir á todo el que fuese pertinaz. La muerte de Enrique en el momento en que acababa de concluir la paz con la Francia, libró á la Inglaterra de una tiranía insoportable.

Eduardo VI, hijo de Juana Seymour, heredó la corona y el título de defensor de la fé; mas este sagrado depósito se conservó poco tiempo en sus manos. A pesar de la lucha de Enrique contra la reforma, el cisma de Inglaterra habia preparado este pais para recibir la heregía, y el jóven Eduardo fué educado en los principios del calvinismo por Sommerset protector del reino, quien puesto de acuerdo con Cranmer trabajó activamente en propagar el protestantismo. Sommerset suspendió la autoridad episcopal hasta que sus comisionados hubiesen suprimido las antiguas ceremonias de la Iglesia romana, y el populacho empezó á saquear las iglesias y á destruir las imágenes. El protector hizo renovar el estatuto que estableció la supremacía del rey como gefe de la Iglesia, y con el apoyo de estas medidas hizo pronunciar sentencias de muerte contra los disidentes, las que con lágrimas en los ojos firmaba el jóven príncipe. Por una estraña inconsecuencia, los reformados que atacaron el principio de la autoridad en la Iglesia romana, se levantaban con violencia contra cuantos rechazasen la autoridad de su doctrina; y entre tanto el parlamento y el clero inglés, católicos poco antes, tan serviles como en tiempo de Enrique VIII, aprobaban ciegamente todas las medidas del nuevo reinado.

En la misma época, la reforma se introdujo en Escocia en donde tomaba un carácter de fanatismo y de entusiasmo superior al de ningun otro pais de Europa. A las contiendas políticas se juntaron disensiones religiosas durante la larga minoría de María Estuardo, hija de Jacobo V y de María de Guisa: la Escocia se dividió en dos fracciones; la del conde de Arran, amigo de la Inglaterra, y la del cardenal Beaton y de la reina madre, adictos á la Francia. Habiendo triunfado al principio el conde de Arran, hizo prometer la mano de la jóven María al hijo de Enrique VIII; mas pronto recobró la superioridad la faccion rival, cuando Beaton, que quiso contener con suplicios los progresos de la heregía, fué